



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

Lecturas de

Las creadoras despiertan en este número de sueños de juventud y

El despertar

"I did not sleep, I never do when I'm over-happy, over un-happy or in bed with a strange man."

"No dormí. Nunca duermo cuando soy demasiado feliz, o demasiado infeliz, o cuando estoy en la cama con un extraño."

Edna O'Brien

Anoche visité mi juventud. Anoche desperté.

Compartía una cama muy grande, junto a siete hombres que dormían. Iban calzados, vestidos de traje, con sus camisas blancas. Siete cuellos de nueces altivas, como puntiagudas tráqueas de gallos combatientes. Respiraban hondo, casi a la vez. Ni un espejo en aquella habitación, ni una silla, ni un armario, ni un miserable ventanuco. Sólo ellos y yo y la cama, que olía a mí, y las paredes de techos muy altos, recién pintados con cal. Todos ellos eran hombres hermosos.

En el suelo brillaba una lámpara. Me incorporé. Tenía dos a mi izquierda y cinco a la derecha. Mi camiseta blanco apenas me cubría las rodillas. Estuve un buen rato estudiando por partes los cuerpos de los hombres. De alguno reconocí las manos, de otro el gesto de la boca cuando esconde palabras, o el perfilado mentón, o unos ojos alejados entre sí, de párpados grandes y redondos, o una piel pálida que se acaricia durante horas antes del amanecer. Pero a ninguno lo podía ubicar del todo en mi memoria, especialmente a los dos que dormían en los extremos de la cama. No obstante, había esa sensación recóndita de pertenencia. De pronto me sobresaltó la voz del que tenía a mi derecha, su tono insolente:

–¿Y tú qué estás haciendo aquí?

Aun entonces no sabía que esa voz era la tuya.

Me giré hacia el de la izquierda, que ahora yacía de costado. Conocía bien la espalda larga, su querencia por acoplarse a mi cuerpo como si solo fuésemos uno. Él simulaba estar dormido. En un momento se sacó las botas de dos patadas, y comenzó a cantar:

–Enterré una flor entre tus muslos, Mujer, mujer, mujer, Ya hace mucho que la enterré.

No llevaba calcetines, las plantas de sus pies eran rugosas. Me vino a la mente un narciso, la risa de sus ojos, el narciso creciendo de mi pubis. Pero justo cuando yo lo que deseo es besar labios, tú vuelves a la carga.

–¿Qué coño estás haciendo aquí?



Y me inquietas, me inquieta la idea de que despiertes a todos los hombres. No te respondo. Beso la nuca del hombre del narciso, saboreo su piel. La flor crece.

–No mandas –te digo–, en el mundo de los sueños no mandas.

Noto tu irritación, y el aire se hace espeso por el aliento de tanto hombre. Noto que el narciso va a comerse la habitación entera, con todos nosotros adentro y de pronto temo las preguntas, una especie de estallido de hombres que quisieran saber quién fue cada uno para mí. Pero para eso tendría que repensarme siete vidas...

–¿Por qué no tuve siete vidas como los gatos? –te grito, indignada–. ¿Eso quieren saber ellos? ¿Eso es lo que tú quieres contar?

–Bueno, tendríamos siete historias –respondes, en el maremagnum del narciso cuyos pétalos son terrible, dolorosamente suaves.

Y luego añades, no sin cierto odio, con tu estúpida voz de narrador:

– Solo que tú, Verónica, nunca supiste amar.

Carola Aikin (Publicado en el libro de cuentos *Las primaveras de Verónica*, Páginas de Espuma, 2018)

CAROLA AIKIN. Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Madrid. Educada entre dos culturas, la inglesa y la española, ha publicado tres libros de cuentos: *Las escamas del dragón*, *Mujer perro* y *Las primaveras de Verónica*, todos en la editorial Páginas de Espuma.



invierno

viajan al verso evocador de una contienda entre hermanos.

De un cielo a otro

*Una gota de sangre cae de un cielo a otro,
deslumbrante.*

Victor Serge, Manos

Como una grieta

fumea

la mirada.

Baraja su astilla

clavada de luz.

No hay nadie

en las arterias.

Los aviones laminan

el cielo del Jarama

seco, trigueño, traslúcido.

Hay tanto resol

que no se puede tragar.

El frío está lleno

de animales.

Sangre seca en vasijas

sin barro

con la promesa

de un lago quieto

de un ancho fruto.

Nadie alcanza

el anzuelo en la orilla.

Peces agrietados

de frío

y superficie.

Gemas salobres

embarradas

que flaquean

en los cauces sin recodos

de la meseta.

El esqueleto permanece

de pie en el enjambre de los alisios

con plumas de sol en el pelo

tornasoladas

invisibles.

Astillados vocablos

gritería muda.

Un aljibe hundido:

atribulada raíz

sin tallo, nada verdea

(ningún brote).

Millones de seres

semejantes

a enramadas secas

que no hacen sombra

bajo su pie.

Piedras mis padres

piedras mi casa

piedras la tumba

para esta extensión de huesos

y su soniquete de tinaja

y su reguero de pólvora.

Uno es otro

irremediabilmente

a un lado y al otro

del cielo.

Llamaradas hermanas

vienen a abreviar

en la noche

del nopal.

Todos interiores

los mares de este pedrusco

terrestre.

Cuatrocientos millones lo cruzarán

a dentelladas

de sueñera

y olvido.

No se sale ileso

de la travesía

demorada el alma

el hambre inclinada

cumplido el tiempo.

Soplamos escamas

de peces andinos.

Flamean un instante

en el aire.

Un cuenco de ruido

abriga el costillar.

Se rumia el paisaje

de memoria errónea.

Cortejo de migrantes

sin exequias

para encender una vida con otra

con pétalos de cal.

El frío está lleno de animales.

No hay atajo

en la noche cuántica.

Viviana Paletta

VIVIANA PALETTA (Buenos Aires, 1967). Poeta y editora, reside en Madrid desde 1991. En 1986 recibió el primer premio de Poesía en el I Certamen Literario para la Mujer Argentina. Es autora de *El patrimonio del aire* (2003), *Las naciones hechizadas* (2010 y 2017) y *Arquitecturas fugaces* (2018). Su obra está incluida en varias antologías: Ha editado y prologado *Cuentos completos de Rodolfo Walsh* (2010) y *Los peligros de Paulina* y otros cuentos selectos de Salvador Garmendia (2015).

